

BIBLIOTECA CENTRAL

Algunas al rizarlos, intermedios del...
to, que en el mundo de hoy, con tanta fuerza
nuestros estudios y pesquisas. En que las cosas
la cosa en una época, y que en la actualidad
no que el hombre, y que en la actualidad
de la naturaleza de las cosas, que en todo el mundo
de hoy día. Y en la actualidad, que en todo el mundo
alido vale, que en la actualidad, que en todo el mundo
filosofía. Por lo tanto, que en la actualidad, que en todo el mundo
centro y alrededor de él. En que en el mundo
año del mundo, que en la actualidad, que en todo el mundo
it con la actualidad de las cosas, que en todo el mundo
Hoy día, que en la actualidad, que en todo el mundo
las de la actualidad, que en la actualidad, que en todo el mundo
te que en el mundo, que en la actualidad, que en todo el mundo
humano, que en la actualidad, que en todo el mundo
que en la actualidad, que en todo el mundo
los, que en la actualidad, que en todo el mundo
dolor. Por lo tanto, que en la actualidad, que en todo el mundo
el mundo, que en la actualidad, que en todo el mundo
Dios, que en la actualidad, que en todo el mundo
por lo tanto, que en la actualidad, que en todo el mundo
y en la actualidad, que en todo el mundo.

REPRODUCCIÓN - T. IV - 33

PLATICAS

PARA REZAR UN NOVENARIO
DEDICADO

Á LA PURÍSIMA CONCEPCION

ESCRITAS POR EL

R. P. FRAY DIEGO DE LA CONCEPCION PALOMAR

Misionero apostólico del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe
de Zacatecas

PLATON

PLATON

LA PURÍSIMA CONCEPCION

PLATON

LA PURÍSIMA CONCEPCION

PLATON

DIA PRIMERO

¿Qué tienes, ¡oh María! que todas las generaciones te llaman dichosa y bienaventurada? ¿Qué han visto en tí todos los pueblos, que todos á una ocurren á tí y se ponen bajo tu proteccion? ¿Qué gloria es ésta que por todas partes te rodea y se extiende y se difunde y penetra hasta lo más secreto y arrastra á tí todos los corazones? ¿Por ventura es por el brillo y magnificencia que tienes como Reina del cielo y de la tierra? ¿Acaso es ese tu amable rostro que arrebató las miradas del mismo Dios? ¿Acaso son esos ojos graciosos que manifiestan la grandeza de tu alma? Haz, ¡oh María! que resuene tu voz en nuestros oídos, y dinos, ¿por qué así eres alabada y exaltada en toda la tierra, y por qué de tí esperamos la salud, el consuelo, el auxilio y todo cuanto podemos desear? Todo, amados oyentes, es raro, singular, admirable en María: sus ojos, sus mejillas, sus lábios, su cuello, sus manos, sus piés, sus pasos; pero no es esto lo que arrebató la atencion de lo pueblos, ni esto lo que la hace dichosa y Bienaventurada, sino su nombre, amados de mi corazón, este dulce nombre María, es el que se difunde y der-

rama sobre toda la tierra y penetrando los corazones los arrastra y pone á sus piés. ¡María! por este nombre alcanzamos la salud: ¡María! por este nombre vencemos á nuestros enemigos: ¡María! con este nombre confundimos al infierno. Es, pues, el nombre de María, despues del nombre de Jesús, un nombre sobre todo nombre: y este nombre hace tan gloriosa á esta hermosa Virgen; sí, el nombre de María. Escuchadme:

Queriendo nosotros concebir ó explicar, segun nuestro pobre modo de entender al Señor Dios, como sus perfecciones son infinitas y todas incomprendibles, estudiamos y le damos varios y distintos nombres para de algun modo decir quién es. Ya lo llamamos santo, ya omnipotente, ya padre de las luces, ya escrutador de los corazones, ya Señor del universo, y ya, en fin, Dios de los ejércitos. No de otro modo que aquel, que queriendo pasar un gradierio, lo divide en muchos ramos. Lo mismo nos sucede, escribe San Bernardino de Sena, hablando de María, sus excelencias, así por el número como por su condicion, exceden y de un modo inmenso á la pobreza de nuestro entendimiento; queremos con el auxilio de otros nombres y de otros títulos formar un concepto aproximado á esta gran Reina, para de este modo hacerla conocer de todo el mundo. La llamamos templo, la nombramos trono, la aclamamos Señora y Reina del cielo y de la tierra; pero todo cuanto digamos de grande, magnífico y glorioso de esta Virgen incomparable, todo se encierra en este dulce nombre de María.

¡María! ¿cuántas cosas grandes y admirables no nos vienen á la memoria sólo al proferir este dulce nombre? ¡María! ¡Dios concebido en el seno de María! Dios hecho hombre en el seno de María: Dios nació de María: Dios hijo de María: María Madre de Dios. ¿Y no se nos presenta en el momento su inmensa sublime dignidad sobre todas las criaturas? ¡María! Hé aquí, amados oyentes, la deseada y anunciada por los patriarcas y profetas. Hé aquí la saludada por el ángel, la llena de gracia, la ben-

dita y amada de Dios entre todas las criaturas. Basta decir María, para decir que en ella está encerrado todo lo grande, todo lo admirable.

¡Oh María, nombre despues del de Jesús sobre todo nombre! Nombre que solo lo debían pronunciar los labios puros y limpios. Nombre á cuya invocacion, lo mismo que al de Jesús, doblan la rodilla, é inclinan la frente los ángeles en el cielo, los hombres en la tierra, los demonios en el profundo de los abismos. Este es el nombre de aquella que se dice que es escogida como el sol, porque así como el sol calienta con sus rayos los cuerpos, así María enciende, inflama las almas en el amor de Dios. Nombre rodeado de resplandecientes rayos, y á su invocacion salen llamas, pero llamas muy vivas que encienden la devocion que parecía ya muerta. Este es nombre de aquella que se llama Madre del amor hermoso, porque á su invocacion hace nacer en nosotros este amor, lo hace crecer, aumentar hasta trasformarnos en él.

En el nombre santo de Dios fué bendito el pueblo hebreo, se le concedió el triunfo sobre sus enemigos y la fertilidad de sus campos. En el nombre santo de Dios fué vencido y degollado por un jóven el soberbio filisteo; y por mano de una débil mujer el desgraciado Holofernes. ¿Y en el nombre de María? En el nombre de María fué arrojada del mundo la antigua serpiente, el infernal dragon que tenía seducidos y engañados á todos los hombres. De María nació Jesucristo, María lo ofreció á la pasion y á la muerte, y en el nombre de Jesús y de María se nos abrieron las puertas de la gloria.

Por esto, amados hermanos, *in periculis, in rebus dubiis, in angustiis, Mariam cogite, Mariam invoca*. En los peligros, en las dudas, en las angustias, pensad en María, invocad á María, decía San Bernardo: Pensando en ella, prosigue el mismo santo, no yerras, porque su nombre ilumina á todo el mundo. Protegiéndote ella no tienes que temer ninguna dificultad, ninguna sombra, ninguna borrasca, porque su nombre es como la estrella que conduce al na-

vegante hasta el puerto. Guiándote ella no te fatigarás, no te cansarás, porque semejante su nombre al sol te renovará las fuerzas y como amorosa Madre te consolará y fortalecerá tu espíritu. Pero, ¿qué no es María para con nosotros? ¿Qué no puede el nombre de María? Lo puede todo, amados oyentes, de suerte que, como concluye el mismo San Bernardo, protegiéndonos ella llegamos á la patria celestial.

¿Quién, pues, no invocará este grandé nombre María? ¿Quién se cansará de pronunciar el dulcísimo nombre de María? ¿Quién no llamará á María? Amados de mi corazón, este nombre obra prodigios, obra maravillas; á su invocacion desaparecen las tentaciones, huyen los demonios y se abren las puertas de la gloria. Invoquémoslo, pues, y concluyamos con San Agustin. Acuérdate.....

DIA SEGUNDO

María: Reina te aclaman los ángeles, Reina te aclaman los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes, todos los santos; Reina, en fin, y Reina misericordiosa te aclama toda la Iglesia santa. Pero de tu poder, ¿quién ha asignado los límites? ¿Quién ha señalado los términos? ¿Quién, quién ha sido ese atrevido que diga: hasta aquí llegarás y de aquí no pasarás? El que contó el número de las estrellas, habrá enhorabuena numerado tus misericordias, pero no nos lo ha dicho; el que puso términos al mar y numeró sus arenas, habrá numerado tus triunfos, pero hasta ahora no nos lo ha contado; Dios, en fin, que te constituyó Reina, te habrá dicho cuáles son tus vasallos y cuáles los límites de tu poder; pero nosotros ignoramos hasta dónde se extiende esa autoridad, esa omnipotencia de que te vemos adornada. Vemos que dominas en el

cielo y en la tierra; vemos que mandas en el Empíreo; pero ¿quién dirá todo lo que puedes? Lo puede todo, María, amados oyentes, en el orden de la naturaleza y reprime todos los movimientos de ésta; á su arbitrio hace que permanezca ó camine el sol, que la luna se mueva y que las estrellas se oculten ó aparezcan. En el orden de la gracia, no sólo la derrama sobre nosotros á torrentes, sino que camina, avanza y conculca la cabeza de la serpiente que nos engañó. ¿Cuál, pues, debe ser la confianza que debemos tener en una Reina tan poderosa? Escuchadme por un breve rato y vereis los triunfos que ha conseguido esta divina criatura, y por los que entenderéis que su poder es ilimitado ó que está adornado de cierta divina omnipotencia.

En efecto, para haceros formar una idea sublime del alto poder de María, no necesito, oyentes amadísimos, traeros á la memoria todos y cada uno de sus triunfos: sólo figurada en la arca de Noé, se supo sobreponer á aquellos espantosos vértices que formaban aquel gran diluvio que inundó á todo el mundo: en la arca del testamento se presentó á las orillas del Jordan y luego sus aguas se dividieron y le franquearon el paso, y colocada ella en esta misma arca al lado de un ídolo lo hizo pedazos y lo arrojó por tierra. Pero para formarnos una idea bastantemente sublime no necesitamos traer á la memoria tantos triunfos. Sí, para llenarnos de admiración, para trasportarnos de júbilo, para bendecir al autor de todas sus grandezas y para que nuestra confianza se afirme más y más en su gran poder, basta que nos detengamos en los umbrales de sus puertas, basta que nos fijemos en el primero, en aquel instante siempre hermoso de su graciosa concepción. ¡Oh, qué triunfo tan cumplido alcanzó María en este momento! ¡Oh cómo quedó burlado el demonio en sus esperanzas! ¡Oh qué felices fuimos nosotros desde este dichoso instante!

Ved cómo nos describe el apóstol y evangelista San Juan este gloriosísimo triunfo. Pinta un fiero dragon de

siete cabezas con otras tantas coronas y muy ufano de sus pasados triunfos: Auxiliado éste de todos los demonios, que son todas las estrellas que arrastró del firmamento con su negra cauda, declara la guerra á sangre y fuego á una mujer afligida, no de los dolores del parto, sino de las ansias y de los deseos de dar cuanto antes á luz un hijo para bien del mundo. Contra éste, contra el hijo especialmente, dirige sus iras aquel monstruo; pero viéndole superior á sus fuerzas indignado vuelve toda su saña y furor, toda su cólera y sus armas contra la madre. Para abrasarla, amados oyentes, con el fuego de la culpa, despide de su cuerpo ardientes llamas; para empañar su pureza, vomita por siete bocas raudales de cieno; ya la embiste, ya va á caer sobre ella para que quede despedazada bajo sus garras. Tiemblan, se asustan los espíritus celestiales al ver á esta mujer, geroglífico de María, en tanto conflicto; pero ella, María, coronada sus sienas de estrellas, guarnecida de todas las luces del sol de justicia su hijo, sale de la boca del Altísimo para entrar en el mundo, se le presenta al dragon y mandándole ella que incline la cabeza, sin que la pueda resistir aquella feroz bestia, la abate; y María, poniendo su virginal pié sobre ella, la conculca. Desde el principio del mundo había estado dominando el demonio á todos los miserables hijos de Adán; ninguno, ni los más santos, se habían escapado de ser vasallos de su imperio; á todos los había marcado con el sello del pecado, pero ¿á María?..... Reina y Reina poderosísima no le pudo resistir, tuvo que abatirse debajo de aquella tierna planta.

¿Quién, pues, más poderosa que María? ¿Quién hasta hoy ha disfrutado ni tenido por un momento tanto poder? Arrojar demonios de los cuerpos, dar vista á los ciegos y vida á los muertos, excede, es verdad, el poder de las causas naturales; pero es un rasgo del poder de Dios comunicado algunas veces á los hombres; pero quebrantar la cabeza de la serpiente antigua, humillar, abatir al príncipe del infierno, arruinar, destruir el imperio del